

JUAN PATRICIO RIVEROLL

AL FILO DE LA REVOLUCIÓN

m̄r

© 2021, Juan Patricio Riveroll

Publicada por acuerdo con VF Agencia Literaria

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía del autor: © José Miguel Reynosa

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: julio de 2021

ISBN: 978-607-07-7574-1

Primera edición impresa en México: julio de 2021

ISBN: 978-607-07-7571-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

De los hombres y mujeres que irían a cambiar el rumbo de la historia cubana, Alberto fue el primero en llegar a México, en un viaje no planeado por el que más bien se dejó llevar. Para ese momento había dejado de tener control sobre su vida, encauzado en una vía cuyo motivo central era la supervivencia: lo único que pudo hacer fue soportar los reveses del destino con estoicismo.

Desembarcó en Veracruz en 1941, acompañado de su esposa Carmen y sus dos hijos, como parte de un éxodo del que México era el último eslabón, después de que las circunstancias adversas los echaran a patadas, primero de España, luego de Francia y después de Cuba. Ellos eran un apéndice más de la enorme migración de europeos a lo largo y ancho del orbe, otra muestra de la locura generalizada de la que era presa el mundo; su vida estaba secuestrada y su porvenir oculto tras la niebla.

La vida dedicada a su país había sido en vano. Las veces que Alberto arriesgó su vida como parte del ejército republicano se esfumaban en su mente como actos de bravura sin sentido, y la encrucijada en la que se encontraba tenía el tufo de lo malagradecido; estaba sin un peso en la bolsa y con la familia Bayo a cuestas. Era un despatriado que sepultó su corazón en el lodo de

las batallas perdidas en suelo ibérico. No conocía nada más allá de la vida militar. Su padre fue coronel de artillería, su abuelo de infantería y sus cuatro hermanos también fueron militares de carrera, y él no recordaba haber tomado una verdadera decisión detrás de su reclutamiento. La vigorosa influencia del padre, tajantemente español, no dejó espacio para la improvisación, y la madre sumisa no le abrió ningún otro camino. Los parientes cubanos del lado materno pudieron haber sido para él un contrapeso, pero vivían del otro lado del Atlántico.

Además de soldado, Alberto era un aviador de primer orden. Con dinero prestado compró tierras y su primer avión e inauguró el aeródromo Bayo, el primero civil de Madrid; escribió *Cómo se forma un aviador* y lo usó para dar clases. Una vida ligada tanto a la aviación como a lo militar, aunque todo ese esfuerzo y esa experiencia parecían no tener relevancia en el exilio. El mundo se dirigía al desfiladero a paso redoblado y él era solo una más de las víctimas. «Al menos estamos vivos», pensó tumbado en el colchón viejo de una modesta pensión en la Ciudad de México, a la que llegó con su familia. Era una de tantas noches en vela en las que Alberto repasaba una vez más los pasos que lo llevaron allí, parte de una tortura mental de la que le costaba trabajo desprenderse.

Durante la guerra contra los militares sublevados su misión más importante fue recuperar Ibiza y Mallorca, ambas islas tomadas por los franquistas, con el objeto de arrebatarles bases en el Mediterráneo desde las que pudieran bombardear la costa sur de España, sobre todo Valencia y Barcelona. Reclamó Ibiza sin contratiempos y enseguida planeó el desembarco en Mallorca, tomando en consideración las posibilidades del enemigo en un proyecto que requería tiempo. Aunque fue cierto que hubo bajas importantes bajo su mando, después de apenas tres semanas de enfrentamientos hubo claras posibilidades de aguantar en la lucha para tomar primero Manacor y después Palma, las ciudades más importantes.

En toda batalla hay bajas. La cuestión que más obstáculos representaba era la desorganización en las cúpulas de mando, tanto militares como civiles, del gobierno republicano, que por una decisión inexplicable decidió dar la orden de retirarse de esa plaza. Con Menorca de su lado, solo quedaba ese punto en manos de los franquistas, un lugar tan estratégico que aviones italianos enviados por Mussolini fueron los que finalmente espantaron a ciertos mandos republicanos que no querían entrar en conflicto con Italia, como si el hecho de enviar bombarderos no los involucrara de facto en esa pelea que hasta entonces había sido puramente interna.

Alberto recibió la orden de embarcar a sus hombres para huir de la batalla, con lágrimas de rabia y un coraje que le costó trabajo contener. La desinformación y la animadversión entre los distintos bandos que conformaban el gobierno hicieron que lo juzgara un consejo de guerra y que algunos militares pidieran su fusilamiento. No podía creer lo que escuchaba, después de haber hecho todo para ganar, incluso arriesgar el pellejo. Un fallo en ese sentido pudo haberlo matado, pero sobrevivió a la confusión política y en adelante no volvió a tener un puesto de mando. Su idea de atacar a los franquistas con una guerra de guerrillas también fue bloqueada. Estaba seguro de que, si lo hubieran dejado concluir la batalla en Mallorca con el equipo que pidió y nunca le enviaron, la habría recuperado tras semanas sangrientas. Incluso de haber sido conferido con responsabilidades de estrategia, quizá la república habría resistido, haciendo la guerra con otros medios. Su sentido del deber lo obligó a obedecer, pese a no estar de acuerdo con sus superiores.

Comprobada la victoria de Franco, Alberto enfiló hacia la frontera con su familia, gravemente herido de un ojo, y al tratar de cruzar a Francia las autoridades decidieron separarlos, desoyendo las súplicas de Carmen, que lo único que pedía era

mantener unida a la familia. Dada la urgente atención médica que necesitaba, él cruzó la frontera antes; lo llevaron a una iglesia en un camión lleno de heridos y fue acogido en una casa donde le limpiaron la herida y la cubrieron, y además lo alimentaron. Al día siguiente consiguió que la prefectura de policía le concediera un boleto de tren para llegar a un hospital en París, donde estaba Armando, su hijo; jamás imaginó que tras examinarlo el doctor llegaría a la conclusión de que la única manera de salvarlo sería dejarlo tuerto. La guerra civil dejaba de esa forma en él una marca que no se quitaría con nada, un rasgo que le recordaría a diario la derrota más dolorosa de su vida, cada vez que se mirara en el espejo. Su visión del mundo había cambiado de una manera demasiado literal.

Mientras se recuperaba recibió la noticia de que Carmen y Albertito estaban con otros refugiados en un pueblo al sur de Francia, una zona ya infectada por la Alemania nazi; ahora la angustia de estar cerca de perderlos a ellos, alejados de su protección por el torbellino de la amenaza fascista en un tiempo en que la vida no valía nada. Nunca se había sentido tan impotente, tan falto de recursos para salvar a dos personas por las que sin duda daría la vida; sufría en carne propia lo insignificante que somos los seres humanos. Debía pensar en algo para recuperarlos, en algún truco que pudiera funcionar en el inédito momento histórico en el que se encontraban y para el que nadie estaba preparado, desde una cama de hospital que lo ataba a su convalecencia. Su desesperación iba en aumento.

Abandonada a su suerte, Carmen consiguió la dirección de un periodista cubano y le envió una carta que describía su situación; hizo hincapié en su nacionalidad cubana por matrimonio y en la de su hijo. Se trataba de una relación lejana, pero era lo único en lo que podía apoyarse para ser cobijada por un país que no fuera el suyo, al que sentía que ya

no pertenecía. El carácter de emergencia de ese momento histórico hizo que el periodista se pusiera de su lado y acudiera a la embajada, en donde la encargada de negocios le expidió un documento que acreditaba ambas nacionalidades. Además, tuvo la gentileza de dárselo en persona al prefecto del pueblo y llevó a cabo las gestiones para que los dejaran viajar a París. Miles de refugiados españoles en su misma situación terminaron muertos en los campos de trabajo en Francia o de exterminio en Austria y Alemania, es decir, fuera del sartén del franquismo caían directo en el fuego de Hitler.

Después de considerar la posibilidad de no volver a verse nunca, la familia Bayo se reunió en la capital francesa, sin nada más que su vida y las ganas de sobrevivir juntos. Carmen lloró en los brazos de su esposo al ver el parche blanco que todavía tapaba la cavidad ocular, adaptándose a una situación extraordinaria que le exigía sacar fuerzas de donde ya no pensaba que había. El martirio por el que habían pasado era suficiente para toda una vida, y en realidad todavía no llegaban a ninguna parte, con Francia a punto de ser devorada por la Wehrmacht. No había tiempo que perder para salir de París.

Mientras analizaban las opciones que podrían tener frente a ellos, Carmen dijo:

—Me niego a ser española si Franco está en el poder.

—Yo también —contestó Alberto sin tener que pensarlo mucho, y sus hijos también lo asumieron así.

Abrazaron la nacionalidad cubana que los salvó y con cuatrocientos pesos enviados por la familia materna de Alberto desde Cuba se embarcaron en el vapor *Flandre*, el buque en el que acabarían llegando a Veracruz los primeros españoles refugiados, luego de que ellos se bajaran en una nueva patria que en realidad no conocían. Alberto pasó por La Habana de adolescente y desde entonces no había vuelto, y Carmen y sus hijos no habían estado allí nunca.

La Cuba con la que se encontraron estaba inmersa en un proceso de cambio que por primera vez en su breve historia como nación independiente prometía la estabilización de una democracia funcional, luego de cuatro décadas de tumultuosos arrebatos de poder ligados a una dependencia malsana hacia los yanquis. Las luchas intestinas de la incipiente república no habían cesado desde el siglo XIX, bajo una segmentación social de tendencias muy variadas que lograron que la palabra *revolución* fuera sinónimo de *patriotismo*, con intentos dictatoriales coartados por revueltas armadas que se parecían mucho al terrorismo. Los estudiantes, los comunistas, los liberales, los conservadores, los militares, el gran capital, todos peleándose o haciendo alianzas, pidiendo el favor del presidente Roosevelt y al mismo tiempo quejándose de su control.

Cansado de la política, sintiéndose invitado en un país extranjero, Alberto se mantuvo al margen de los temas de interés público y se enfocó en trabajar honestamente para rehacer su patrimonio desde cero. Entre las labores que poco a poco fue sumando se contaron la de vendedor de un aparato de ayuda para sordos, contestador de preguntas en una radiodifusora, fundador de una escuela de matemáticas y tutor de la asignatura Historia de los grandes capitanes, en una academia militar, en la que expuso las hazañas de personajes históricos como Gengis Kan, Napoleón y Alejandro Magno. Sin embargo, la política chocó con él durante el verano de 1940, cuando el Instituto Martí en el que daba clases le informó que ese mes no cobraría porque el claustro de profesores militares determinó donar los sueldos a la campaña presidencial del líder de los sargentos que se sublevaron en el 33 y que desde entonces llevaba las riendas del país. El autonombrado coronel Fulgencio Batista, después de convocar a una asamblea constitucional, contendió para la presidencia por primera vez, y para ello usó el pago mensual del militar republicano al que apenas le

alcanzaba para mantener a su familia. Esa fue la primera vez que Alberto escuchó el nombre de un personaje que marcaría su vida de una manera que en aquel momento era incapaz de imaginar.

Al volver al pequeño departamento que encontraron en La Habana se desahogó con Carmen, cansado de que nada funcionara en un mundo que parecía haberse olvidado de ellos.

—Cuba será grande cuando echen por la borda a tanto explotador sin consciencia, a tanto chupador de sangre del trabajador, y pueda entrar por el camino de la nueva civilización que es el socialismo. Para eso hay que llevar a la horca a los políticos amoraes, a los ladrones que acá abundan como manadas de lobos hambrientos, y frenar los caballos desbocados de los capitalistas inconscientes. Cárcel a los muchos funcionarios que se venden y ancha vía a esa juventud que pelea por abrirse paso entre tanta podredumbre.

Esas proféticas palabras fueron el preámbulo que los conduciría a tomar la decisión de partir. Su situación era cada vez más complicada; vivían al día y siempre con hambre, sin un solo prospecto que hiciera del futuro algo deseable, mientras veían que la mayoría de los republicanos enfilaban hacia México. La vida de nómadas dejaba estragos en sus relaciones, los volvía incapaces de formar vínculos en una posición tan precaria, solos bajo el yugo de una pobreza sin perspectivas de cambio.

En la embajada mexicana le dijeron a Alberto que él y su familia no podían ser aceptados como exiliados, pues por esos días solo quienes venían directamente de España o Francia podían entrar con esa clasificación. De nada le sirvió argumentar que ellos habían salido de esos dos países, ante la cara perpleja de un funcionario que lo único que sabía era que estaban en Cuba y que de allí no se podía salir como exiliado. Punto.

Pero el desamparo se tornaba tan oscuro que a la familia no le quedó de otra que sacar las visas de turista; consiguieron los boletos para el barco que salía de La Habana gracias a las gestiones de la junta de exilio de republicanos. Al pisar tierra azteca se trasladaron de inmediato a la capital y se refugiaron en una pensión repleta de españoles en cuyos ojos podían ver su propio naufragio.

El poco dinero que la familia ahorró en Cuba para el viaje se esfumaba rápidamente. Mientras no hubiera un ingreso gastaban lo menos posible, comían poco y solo salían en busca de oportunidades laborales que los sacaran de las penurias a las que ya se habían acostumbrado, con el peso de la humillación que les rompía las espaldas. Cada noche volvían a la pensión para enfrentarse con las caras largas por no haber conseguido trabajo. Tenían hambre y tenían sed, y el panorama no parecía abrirse. Apoyaban la cabeza en la almohada y cerraban los ojos con el estómago hecho un nudo, llenos de incertidumbre, listos para rezarle a un dios en el que no creían. Alberto frecuentó los cafés en los que podría conocer gente que le diera una oportunidad, y en donde acabó enterándose del arquitecto convertido en ayudante de autopsias, de la señora distinguida que donaba sangre para sobrevivir, del médico que vendía corbatas, del militar vendedor de vinos y del abogado vuelto conserje en un edificio de apartamentos. Todos españoles. Esas eran las perspectivas que en aquel tiempo tenía un exiliado en México. Era como si un gigante hubiera deshecho sus destinos, sacudiéndolos con tal fuerza que acabaron irreconocibles, el Viejo Mundo envuelto en un torbellino de violencia que no parecía tener fin. Alberto se rascó la nuca, se acarició la barba y suplicó al destino que su suerte mejorara, dispuesto a aprovechar la primera oportunidad que se le presentase.

—No pienses trabajar en algo parecido a tu carrera —le advirtieron—. Lo harás en cualquier cosa menos en lo que entiendes.

Resignado a los caprichos de la vida, lo único que pedía era un trabajo digno; que fuera o no de su agrado había perdido toda relevancia. No se le ocurría soñar tan alto.

El pequeño fondo con el que llegaron se acabó y sobrevivieron gracias al empleo que consiguió su hijo de catorce años. Alberto dio con un puesto de velador en una fábrica de hilados de una casa comercial francesa, en la que los trabajadores lo recibieron al grito de «¡Gachupín, a tu patria!» y le tiraban bolas de hilo a la cabeza. Más tarde fue maestro en el Instituto Francés, en quinto y sexto años de primaria, y sumó otro empleo en el colegio para señoritas Miguel Ángel, como profesor de Álgebra. A Carmen la contrataron como asesora en una tienda de ropa, y a Armando, su hijo mayor, como vendedor en uno de los principales almacenes de la ciudad. Alberto y su familia se iban superando a paso lento en un país al que nunca tuvieron la intención de llegar, víctimas de un viento al que acabaron por acoplarse.

Desde joven Alberto había alternado las diferentes actividades que realizaba con la escritura. Por una cuestión vital encontraba cualquier rendija de tiempo que pudiera robarle al día para sentarse a escribir. En 1911 publicó su primer libro de poemas y lo siguieron varios más, encima de un par de novelas: una sobre los dos años que pasó como parte del ejército en la región de Gomara —parte del futuro protectorado español de Marruecos— y otra sobre la estrategia para ganar la guerra civil con guerra de guerrillas, prohibida por el alto mando republicano en cuanto tuvo conocimiento de su existencia. Llegó el momento de escribir la crónica de su desembarco en Mallorca.

Cuando al fin vivían una existencia apacible y hasta paseaban en auto propio, a principios del 43, la familia de Alberto recibió un mensaje del departamento de migración que los obligaba a pagar una multa de dos mil pesos y a volver a Cuba, dada la complejidad de su estatus migratorio que no se habían

tomado el tiempo de aclarar. Faltaba más: explicarles que con una visa de turista no podían trabajar ni pasar tanto tiempo en México. El aparato burocrático los tenía identificados, con el correspondiente mensaje a sus patronos en el que se les ordenaba despedirlos. El cielo se oscurecía una vez más mientras Alberto echaba mano de toda su voluntad para impedir que los deportaran. Movi6 las influencias que pudo, se presentó ante las autoridades y les rogó a secretarios de varias dependencias que los dejaran permanecer en el país. La perspectiva de volver a Cuba con la cola entre las patas era una calamidad, pues se hacía evidente que las oportunidades para una familia como la suya prácticamente no existían allá, mientras que en México todo era posible con dedicación al trabajo. Era verdad que existía la xenofobia, que no todo el pueblo estaba de acuerdo con la oleada de extranjeros que llegaban como refugiados; sin embargo, podían superarse e incluso crecer econ6micamente en una tierra singular que ofrecía más apapachos que mordidas. Después de arduas negociaciones con funcionarios menores, la única vía para no ser expulsados fue renunciar a la nacionalidad cubana para ser acogidos como refugiados políticos españoles y así volver a formar parte, al menos en papel, de la España franquista, totalmente en contra de sus deseos. La historia tenía su manera de perseguirlos, de recordarles que por más que hubieran terminado con su pasado, el pasado no había terminado con ellos.

Los años trajeron una de las gratas sorpresas en la vida de Alberto: una plaza como profesor de navegación aérea en la Escuela Militar de Aviación en Guadalajara, un hecho que contradecía la advertencia de no buscar nada que tuviera que ver con su vocación. En ese puesto se reunían los tres pilares que antes sostuvieron su existencia: lo militar, la aviación y la docencia, así que no dudó en mudarse a Guadalajara con su familia para empezar un proyecto que parecía sacado de un cuento

de hadas, si lo comparaba con todo lo que habían pasado desde que salieron de España.

Pero Alberto no podía quedarse quieto. Su espíritu no estaba hecho para que permaneciera sentado detrás de un escritorio, pese a lo agradecido que estaba por verse en esa posición. Y así, sin decirle a nadie, comenzó una estrecha comunicación con un grupo de exiliados nicaragüenses y con los generales Segundo y Emiliano Chamorro, quienes analizaban la posibilidad de que Alberto trabajara con ellos para derrocar al dictador Anastasio Somoza. El problema era que los revolucionarios eran incapaces de unirse; sus intentos fracasaban por la ambición de cada grupo que pedía la jefatura de todo el movimiento. Un día de mayo de 1948 un joven alto y elegante entró a la escuela comercial en la que Alberto también daba clases.

—Lo he buscado por toda Guadalajara —dijo el secretario de la junta revolucionaria del ejército de liberación de Nicaragua, con un abultado portafolio lleno de documentos—. Teníamos su dirección de hace cuatro años, los vecinos me dieron señas incorrectas de dónde se había mudado, y en la Escuela Militar de Aviación no tienen su dirección. Me tuvo que ayudar el director de correos.

—Me halaga que me busque con tanta insistencia.

—La revolución nicaragüense lo necesita. Ya compramos seis aviones, varios transportes y se adquirirán más. Lo queremos poner al frente de la aviación revolucionaria para que organice todo, escoja al personal a su gusto, regule su entrenamiento y diga cuándo está el conjunto dispuesto a liarse a tiros con Somoza.

—Estoy a su disposición desde ahora y sin condiciones —contestó Alberto con el pecho en alto, y se estrecharon la mano.

Alberto solicitó dos meses de vacaciones pagadas, luego de cinco años sin pedir un solo día libre, y lo desbordó la

emoción de estar acercándose una vez más al torbellino de la lucha armada en contra de la opresión. Era el alimento que lo mantenía vivo y le daba sentido a la vida más allá de los lazos sanguíneos, harto de los trabajos comunes, desabridos en comparación con la carrera militar. En la Ciudad de México se hospedó en casa del secretario de la junta revolucionaria y se dedicó a reclutar voluntarios de entre los exiliados republicanos que conocía. Solo tres decidieron acompañarlo; el resto o no quería dejar a su familia o estaba desilusionado de la guerra civil o debido la animosidad contra el español en México. Los comunistas eran los únicos dispuestos a ayudarlo, sin una sola condición; dispuestos a abandonarlo todo y a pagarse los gastos de su bolsillo, pero no pudieron aceptarlos por el miedo que la junta nicaragüense le tenía a los yanquis. La Guerra Fría había comenzado.

Tomaron un avión a Tapachula, luego un autobús a Suchiate para cruzar el puente hasta Ayutla y de ahí un tren a la ciudad de Guatemala para encontrarse con un grupo de expatriados de Nicaragua, Honduras y República Dominicana. Guatemala vivía su mejor momento, convertida en el centro de asilados de la región centroamericana, en donde pululaban regímenes autoritarios que obligaban a los ciudadanos de ideas firmes a huir.

En Guatemala fue la misma historia hasta que muestras de resistencia civil pacífica impulsaron una breve revuelta militar que derrocó al general Jorge Ubico, en 1944, después de gobernar durante trece años con el apoyo de la United Fruit Company y de los yanquis. Los militares convocaron a elecciones y para ello trajeron del exilio a Juan José Arévalo, maestro universitario y escritor de algunos de los libros de texto que se estudiaban en las escuelas. Su victoria fue abrumadora, y en el momento en que Alberto y sus conspiradores llegaron, Arévalo impulsaba sus reformas económicas para integrar a los estratos

más pobres de la sociedad, inspirado en el New Deal del presidente Roosevelt, y controlar los intentos golpistas por parte de la reacción. Para Alberto, Guatemala era la tierra prometida, el modelo a emular para los tantos pueblos pisoteados por dictadores y regímenes totalitarios, que en Latinoamérica eran casi la norma. Respirar aire guatemalteco fue como beber de la fuente de la juventud: era el augurio de una campaña en la que tendrían que alcanzar la victoria, orgulloso de formar parte de lo que podría convertirse en un movimiento centroamericano de liberación.

Tras esa pequeña escala volaron a San José, en donde los recibió el doctor Rosendo Argüello, comandante general de la revolución nicaragüense y amigo íntimo de José Figueres, don Pepe, presidente costarricense y su anfitrión. Tras las presentaciones y luego de varias conversaciones, Alberto supo que las promesas del secretario eran mentira. Argüello tenía todo tipo de voces en su contra, pues fue nombrado comandante general por su amistad con Figueres y no por la lealtad de quienes estarían dispuestos a jugarse la vida, porque ni era militar ni tenía experiencia en revuelta alguna. No era la situación que le habían planteado a Alberto y era evidente que no estarían pegando tiros pronto. Fue una desilusión y meditó la manera en que debería responder. Tenía las alternativas de claudicar o seguir, y la verdad era que en México no tenía nada mejor que hacer.

Sin embargo, aunque la organización avanzaba lentamente, había armamento. Figueres aportó millares de fusiles y Carlos Prío, recién llegado a la presidencia cubana, mandó quince aviones llenos de equipo y de armas. La prometida democracia había llegado a Cuba, aunque acompañada de los niveles alarmantes de corrupción arrastrados desde la época de la Colonia, y parecía que lo único que los cubanos podrían elegir cada cuatro años sería el nuevo grupo que atracaría al país. Prío era un

demócrata genuino, simpático y bien intencionado, y su apoyo a esa legión del Caribe lo confirmaba como un partidario de la libertad, aunque a veces se inclinara por el libertinaje.

Mientras Alberto se impregnaba de los rumores del Caribe, algunos anunciando tempestad, miraba a su alrededor con un creciente escepticismo que chocaba contra su optimismo inicial, pero no podía evitarlo. Su fino ojo militar veía cada desperfecto en su sistema, detalles que por más buenas intenciones y toda la buena voluntad que se tuvieran no podían ser ignorados, y que más tarde le costarían la vida a miles de personas. En algunos casos podía dar su opinión, pero habría sido una indiscreción meterse en las relaciones personales de sus anfitriones, aunque no estuviera de acuerdo con la manera en que se estaban organizando. Se limitó a guardar silencio y a observar, con la esperanza de que todo mejoraría.

Los aviadores bajo su dirección, entre los cuales se incluía su hijo, regresaron a Guatemala para entrenarse en un aeródromo. Llevaban una carta personal de Figueres para el presidente Arévalo, quien en vez de recibirlos les dio largas y finalmente mandó a Jacobo Árbenz, su ministro de guerra, a decirles que no les podrían otorgar los medios para el entrenamiento. Otra nueva negativa que paulatinamente se convertía en una pesadilla. Volvieron a San José, Costa Rica, siguiendo un hilo de frustraciones que Alberto soportaba pensando en que algo llegaría a cambiar las circunstancias, sin dudar del final triunfo de la revolución nicaragüense y preguntándose cuánto tiempo tardarían en organizarse. Buena parte del grupo se dedicaba a emborracharse; él, abstemio, tenía poco en qué entretenerse, con un presupuesto mínimo para su manutención. Se pasaba los días leyendo o escribiendo, bajo una creciente presión que debía controlar para que no lo sacara de quicio. Daba paseos por la ciudad y podía pasar toda la tarde charlando, varado entre hombres contentos de ver el tiempo correr con lentitud.

Quedaba claro que Arévalo y Figueres creían que Somoza debía ser depuesto, pero también le tenían miedo. Darían equipo e incluso dinero, pero no facilidades militares, menos aún para entrenar pilotos, un ejercicio aparatoso del que sería fácil enterarse en la vecindad centroamericana. Los costarricenses regresaron a los puestos que habían dejado en las líneas aéreas comerciales para unirse a la revuelta. Alberto fue nombrado general de brigada por el gobierno revolucionario y la desorganización continuó como un mal generalizado en el puñado de campamentos de entrenamiento a los que iba a dar sus conferencias. Las borracheras eran el pan de cada día y no había la menor intención de mantener en secreto los preparativos del ataque. La predicción de Somoza, al tanto del complot, fue que todo se ahogaría en guaro, e incluso envió a varios espías a infiltrarse entre los voluntarios. Para evitar ese tipo de manobras, Alberto sugirió levantar un nuevo campamento para los recién llegados, pero no le hicieron caso y los incluyeron en las filas existentes. Las constantes quejas de los nuevos ensuciaban aún más el ambiente ya de por sí enrarecido por el desorden, después desertaban y a los pocos días los periódicos nicaragüenses publicaban los detalles de los precarios campamentos antisomocistas en Costa Rica. Alberto no podía entender por qué no mantenían las operaciones en secreto ni emprendían el ataque. Era la primera vez que se encontraba con una situación militar tan desordenada y tan caótica que, aunque pudiera achacársele al carácter latinoamericano, iba más allá de lo imaginable.

Viajó a Cuba con Argüello en busca de fondos que no consiguieron. Prío sobrevivía a su mandato entre balazos, huelgas y más escándalos de corrupción. De regreso a Costa Rica hicieron escala en Panamá, en cuyo aeropuerto se cruzaron con Tachito Somoza, el primogénito del dictador que venía de España de vuelta a Nicaragua. Al júnior lo cuidaba un nutrido

grupo de guardaespaldas yanquis, mientras que a Alberto lo fotografiaban, y en ese bullicio el fotografiado notó cuchicheos y extrañas miradas a su alrededor. Subió al avión comercial con un presentimiento que lo mantuvo inquieto durante los minutos anteriores al despegue: rozar espaldas con Tachito no podía ser una buena señal. La aeronave empezó a andar; Alberto se relajó con el rodar de las llantas que pronto se aceleraron y cuando dejaron de tener contacto con el suelo suspiró aliviado, pero en segundos tocaron tierra una vez más. Descendieron del avión y el piloto yanqui anunció una avería que no tardarían en reparar, y sin mayor preámbulo se dirigió a Alberto y Argüello:

—Si cargan con pistola entréguenmela. Está prohibido subir armados.

Era la primera vez en todos sus viajes que les pedían entregar sus armas, a ellos o a cualquier otra persona. Todo confirmaba sus sospechas.

Decidieron cancelar el viaje al tiempo que el piloto intentaba disuadirlos, pero por más convincentes que fueran sus palabras era impensable hacerse al vuelo en esa lata después de tantas señales y un fuerte sentimiento de ansiedad. Sabían que hacía poco otro piloto yanqui había llevado al revolucionario Edelberto Torres a Managua por la cantidad de diez mil dólares. Para aquellos mercenarios era nada más un negocio, cuando ellos se jugaban la vida. El razonamiento detrás del aterrizaje no era difícil de dilucidar: cuando sobrevolaran Costa Rica para seguir a Nicaragua podían desenfundar sus armas y amenazar al piloto para volver, o de plano liarse a tiros en el aire. En última instancia podían prescindir de él y Bayo tomaría los controles para salvarse de un secuestro seguro, con posible tortura, cárcel y una muerte probable, que en vez de ayudar a la causa la metería en más problemas. El olfato del republicano los obligó a quedarse en tierra, los motores se encendieron

sin que nadie los tocara y en minutos la aeronave alzaba el vuelo. Bayo observó el ascenso con una mezcla de consuelo y desasosiego, nervioso por saberse descubierto como conspirador. No cabía duda de que estaban en peligro.

Los hombres lanzaron miradas furtivas en su ruta de salida del aeropuerto y no perdieron tiempo en dirigirse a la embajada costarricense para hacer una reservación anónima. Al día siguiente llegaron protegidos por el halo diplomático minutos antes de la salida del avión y al poco rato estaban de vuelta en Costa Rica con el cónsul que los acompañó en el viaje. Que hubieran salvado el pellejo no avanzaba en nada la organización para la lucha.

Las complicaciones aumentaban hasta que a fines del 48 se tomó la decisión de enviar a los primeros combatientes a las montañas de Nueva Segovia, al norte de Nicaragua, en donde el general Raudales, quien fuera lugarteniente de Augusto Sandino, se encontraría con los demás guerrilleros. Al fin, los preparativos parecían no haber sido en vano; el engranaje militar daría su primer paso y de ahí la guerrilla se desenvolvería hasta la final victoria, costara lo que costara. Después de tantos desaciertos y tantos obstáculos, Alberto casi no podía creer la puesta en marcha de un plan trazado con tanto esmero, y su incredulidad fue confirmada de una forma tan insólita que parecía sacada de una novela de realismo mágico combinado con humor negro. Cuando estaba todo listo, un barbero en Guatemala que sabía de la operación contó que estaba por iniciarse el ataque, como parte de una plática cotidiana que llegó a oídos de un amigo del presidente Arévalo. Sin tiempo que perder se lo comunicó al presidente, quien mandó un telegrama a Costa Rica con órdenes expresas de cancelar cualquier iniciativa de ataque. Alberto no supo si reír o llorar, tan tenue y risible era la responsabilidad de sus compañeros centroamericanos, incapaces de guardar un secreto, con filtraciones por doquier y una

disciplina prácticamente inexistente. Su carrera militar se convertía en una colección de estampas tragicómicas.

A pesar de todo, los preparativos continuaron hasta que la crisis llegó a su punto cumbre, cuando el ejército de Somoza entró finalmente a Costa Rica, aplicando la máxima del ataque como la mejor defensa. Aunque dudaba de seguir con ese circo, Alberto fue enviado de emergencia a México a conseguir más pilotos y a entrevistarse con Lázaro Cárdenas, presidente de México, porque Figueres buscaba su apoyo de manera pública. Las cosas a su alrededor parecían derrumbarse; sin embargo, el bagaje emocional que tenía invertido en esa empresa no le permitía abandonar a la gente que lo veía como una guía. Quería pensar que la suya era una posición esencial para el triunfo de la revolución nicaragüense: no podía defraudarlos, y así se presentó a las siete de la mañana en la casa de Jiquilpan del general Cárdenas, que ese día ya había salido. Esperó hasta el mediodía, se fue desilusionado y en la capital fue a ver a Ignacio García Téllez, hombre de confianza del expresidente.

—El general no le hubiera aconsejado a usted nada si lo llega a ver en Jiquilpan. No se mete en política extranjera. Solo actúa cuando lo cree conveniente en los problemas vitales de México.

—¿Y usted podría indicarme qué es lo que desearía que hiciéramos nosotros? —presionó Alberto.

—Bajo ningún concepto. Yo no soy nadie para hablar en nombre del general.

—Lo que sucede es que el predecesor de Figueres fue más liberal y progresista que él. Figueres tiene al clero en una posición privilegiada, y el clero mismo persigue a todo tipo de enemigos en nombre de la religión. Hay en la cárcel cientos de comunistas o libres pensadores cuyo único pecado es no cormulgar con los preceptos de la fe; sin embargo, por otro lado, vemos que las fuerzas que atacan a Figueres son enviadas por

Somoza, están ayudadas por guardias del dictador. En fin, vemos tal lío que no sabemos en qué lado está la reacción y en qué parte las fuerzas progresistas.

—No puedo decirle más que el general Cárdenas no apoya ni a uno ni a otro.

—Y usted, personalmente, señor Téllez, ¿qué opina?

—¡Ah! Yo soy distinto al general. Mi opinión la puedo decir, pero le repito que no crea que el general es un eco de mis palabras ni yo de las suyas. Yo en este caso ayudaría a Figueres, aunque no le autorizo hacer pública mi opinión.

Con un peso menos de encima y un poco más decidido, Alberto regresó a Costa Rica sin los pilotos prometidos porque el embajador costarricense se negó a otorgar las visas correspondientes; al llegar se encontró con que Figueres había pedido ayuda a la comunidad internacional ante el ataque nicaragüense. Convocaron a una reunión extemporánea de la Organización de Estados Americanos, controlada por los yanquis, en la que se aceptó que Somoza había atacado a Costa Rica provocado por el entrenamiento de guerrilleros que buscaban derrocarlo. Se les ordenó a ambos a desistir, el ejército nicaragüense se replegaría y los campamentos en Costa Rica se dismantelarían. Figueres acató las conclusiones, disolvió las operaciones revolucionarias y encarceló a los guerrilleros que se lanzaron a Nicaragua para unirse a la revolución. Varios de aquellos jóvenes, desilusionados después de meses de borracheras infructuosas, terminaron en cárceles costarricenses por hacer lo que les dijeron que harían desde un principio. A Alberto lo envolvía el caos; se preguntaba si Figueres y Argüello habían armado todo como una ficción, sin poder imaginarse un fin para todo aquello. Si Costa Rica hubiera guardado silencio ante el ataque de las fuerzas nicaragüenses, estaba seguro de que con los hombres y el equipo que contaban habrían derrocado al dictador con cierta facilidad. No encontraba la razón detrás de tantos

tropiezos, todo parecía haberse armado adrede, pero ¿para qué? ¿O habrá sido solo ineptitud?

Tras el desmantelamiento de la operación nicaragüense, el general dominicano Juan Rodríguez se acercó a Alberto con otra propuesta: derrocar a Trujillo, otro dictador caribeño que debía ser detenido, y en sintonía con su espíritu de lucha se sumó a la conspiración. Fue primero a Santo Domingo y de ahí a México a comprar aviones de diez o quince pasajeros, financiados por el millonario Rodríguez, con la promesa de que Cuba les permitiría volar desde allí. Los brincos de México a Cuba y a República Dominicana requerían de aviones con un rango limitado que Alberto pudo conseguir en Oaxaca, pero al volver a la capital se enteró de que lo de Cuba había sido un invento, lo que implicaba cambiar de aviones y de estrategia. Luego de varios intentos de compra en México lo mandaron primero a Houston, en donde un choque había hundido el fuselaje del avión que supuestamente estaba disponible, después a Nueva Orleans y de allí a Tampa, y al fin dio con el candidato ideal por diez mil dólares, un precio inigualable. Un dejo de esperanza volvía a infiltrarse en su espíritu.

Al volver a México le echaron en cara la tardanza y pusieron a un joven piloto al mando de la aviación, relegando a Alberto a un papel simbólico, pero aún dentro de la conjura. La inercia de tantos preparativos inútiles lo ató a una expedición en la que además ya podía considerarse reemplazable. Compraron otro avión porque el de Tampa aún no tenía permiso de exportación, alquilaron otros tantos que por un pretexto u otro nunca llegaron y contrataron pilotos de paga que tampoco fueron de fiar. Una vez más era testigo de una pequeña catástrofe, energía perdida que difícilmente llegaría a buen fin, y una vez más el complot era pregonado a los cuatro vientos por sus protagonistas. No había un solo café en México donde no se hablara de la expedición contra Trujillo.

Si los pilotos y los aviones dejaban mucho que desear, los soldados y los oficiales de infantería eran otra historia. Ninguno exigió un solo centavo ni pidió nada a cambio, ni para ese momento ni para cuando la revolución triunfara. Eran gente que vibraba con entusiasmo: dominicanos, nicaragüenses, hondureños, mexicanos, guatemaltecos, costarricenses y españoles republicanos. Eran tantas las expectativas que cuando en Cuba se abrió una convocatoria de voluntarios se inscribieron más de cinco mil, y fue tal el escándalo internacional que tuvieron que cerrar las puertas de las oficinas de reclutamiento.

El día de la expedición se sorprendieron con la noticia de que el gobierno mexicano detuvo los aviones cargados de guerrilleros, en la isla de Cozumel, y el único aeroplano que llegó a Dominicana fue el que Alberto compró en Tampa. Sus pasajeros se batieron a tiros y todos acabaron mal, unos muertos y otros torturados, mientras que el resto de la tropa no pudo llegar y varios pilotos mercenarios desertaron. A Alberto, aviador desde 1916, se le asignó un puesto en la infantería, esa que nunca llegó.